

www.loqueleo.com/es

- © 2014, Sofía González Calvo
- © 2014. José María Benítez de Sande
- © De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L. Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid) Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-020-6 Depósito legal: M-37.576-2015 Printed in Spain - Impreso en España

Cuarta edición: julio de 2019

Directora de la colección:

Maite Malagón Editora ejecutiva: Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Leyendas sobre dragones

Selección y adaptación de Sofía Rhei Ilustraciones de José María Benítez de Sande

loqueleo

El dragón de Cracovia

Si alguna vez vais a Polonia, quizá tengáis la suerte de visitar la Cueva del Dragón de la colina de Wavel. Es una cueva muy alargada y profunda, en la que de tanto en tanto se oyen extraños ecos. A veces parece que hay una bestia que ruge enfadada, y a veces da la impresión de que se oyen... explosiones.

No son ruidos de verdad: solo son ecos. A veces, los ecos no se terminan de apagar nunca, y siguen repitiendo los sonidos durante años, e incluso durante siglos. No pueden ser ruidos verdaderos, pues ya se sabe que es muy peligroso utilizar explosivos, o incluso petardos, dentro de las cuevas,

porque pueden provocar derrumbamientos, y hasta derrumbamientos en cadena que te dejen encerrado para siempre.

Esos ruidos solo son ecos de algo que sucedió hace mucho mucho tiempo... Los ecos de una bestia gigantesca y de una enorme explosión. ¿Queréis saber lo que sucedió?

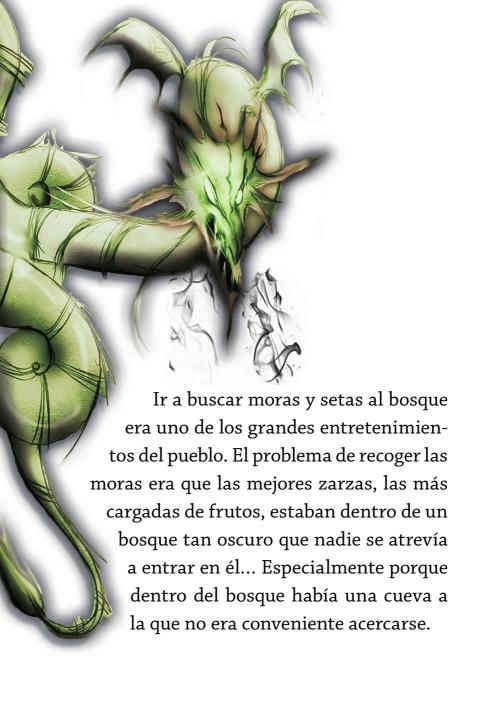
Hace muchos años, alrededor del río Vístula aún no había ninguna ciudad. Solo existía un puñado de granjas con cabañas de adobe, madera y techos de paja. Como eran tan pocos, todos los que vivían allí tenían varios empleos: la panadera también era costurera, quien hacía quesos de cabra también se



ocupaba de herrar los caballos, y el ayudante de Stanislaw el zapatero, un joven llamado Cracus, también se encargaba de los fuegos artificiales de la Noche de San Juan.

Cracus era bastante joven para ser tan buen zapatero, y no había nacido en el pueblo. Pero se había ido a vivir allí porque se trataba de un lugar tranquilo y feliz, donde la mayor preocupación de sus habitantes era contarse chistes unos a otros, competir para ver quién se echaba la siesta más larga, buscar setas y fabricar mermelada de moras.





11

Los más ancianos del lugar decían que los padres de sus padres y los abuelos de sus abuelos contaban que en aquella cueva vivía un temible dragón, con garras negras, cola de serpiente, ojos tan rojos y ardientes como las brasas, unas fauces terribles, con retorcidos colmillos de jabalí, y una nariz por la que respiraba fuego.

Sin embargo, los más jóvenes del lugar no se creían esas historias. Los dragones, si es que alguna vez hubo dragones, eran cosa del pasado. Así que un día, mientras los jóvenes estaban yendo al bosque a recoger setas y moras, tuvo lugar la siguiente conversación entre ellos:

- —Volved a contarme esa historia del dragón—le pidió Cracus a sus amigos Vaclav y Elisa.
- —Qué suerte tienes de no ser de este pueblo —dijo Elisa—. Todos los que hemos nacido aquí nos hemos pasado la vida oyéndola. Y nuestros padres siempre trataban de

meternos miedo con el dragón: que si «cómete la sopa o vendrá el dragón a buscarte»...

- —Que si «no te metas en los charcos o se te llevará el dragón, que se come crudos a los niños que se ensucian de barro»... —añadió Vaclav.
- —Que si «no cantes en la mesa, que vendrá el dragón»... —continuó Elisa.

- —Así que os metían miedo para que os portarais bien —dijo Cracus.
- —Exactamente. Y lo peor es que yo creo que no existe ningún dragón. Al menos, nadie lo ha visto jamás —dijo Vaclav.



—Mi abuela dice que el dragón se echa unas siestas muy largas, de decenas de años, pero que cuando ella era pequeña un chico joven intentó explorar la cueva y nunca jamás regresó.



- -Se escaparía para irse a vivir a una gran ciudad, como Viena o Moscú —sugirió Vaclav—. Los pueblos pueden ser muy aburridos.
- —Prefiero las cosas aburridas que las cosas peligrosas —dijo Cracus.
- —En ese caso —intervino Elisa, sonriente—, no sigas caminando por ese sendero, porque estás yendo directo a la boca de la cueva.

14

Cracus, seguido de Vaclav y Elisa, se acercó a una roca que había en medio del bosque. Tenía una abertura que indicaba que podría tratarse de una gruta, pero estaba tan llena de maleza que casi no se veía la entrada.

–Aquí no puede habitar ningún ser vivo -razonó Elisa—. Estas



- —Sin embargo —dijo Cracus—, hay animales que duermen todo el invierno. ¿Por qué no iba a haber alguno que pueda dormir durante años?
- Eso son cuentos de viejas, Cracus
 repuso Vaclav—. Los dragones no existen. Para demostrártelo, vamos a hacer nuestro pícnic aquí mismo.

Elisa lo miró, un poco nerviosa.

—¿Aquí mismo? ¿Vamos a comer delante de la cueva del dragón?

